

siesta de varias horas, con la colilla pegada a los labios. Alguna vez se despiertan y preguntan la hora, y se les dice, y se vuelven a dormir, porque todavía no es la hora del Juicio Final.”

Yo le pido a Gaya, con la fuerza que me da la admiración y la amistad, que nos hable de las ciudades y de los pueblos de España como en esos capítulos magistrales dedicados a Florencia, Córdoba o Venecia. En estos temas, a Gaya se le desborda la alegría del escritor de raza: entender y contarlo. En el amor se es más libre —y feliz— que en el mero juicio, y Gaya posee esa delicada ternura de los fuertes, de los que no han matado al niño en el hombre. Entonces el vuelo de la pluma de Gaya, su capacidad de observación de narrador espléndido, su cuantioso saber humanizado, su sensibilidad para los matices y sonoridades de palabra portadora de gracia cobran un temple magnífico, una cochura de pan candeal. Por estas razones, y porque “el español no conoce su tierra, desdichadamente”, esa hermosa tierra de España, que dijo de Soria Antonio Machado. Y porque “España es un rosal”, como en Rubín de Cendoya. Y porque sin aldeanismos ni exclusiones, sin echarse el alma a la espalda y llenarse de verdín melancólico, conviene que nos rebocemos con nuestra tierra para ser más auténticos en la aportación universal. Ahí están el paisaje vivo, el monumento —o la calle, o el mercado—, el temblor del álamo o la columna que endereza el busto del hombre que se siente cumplido, para que les valoren los críticos de arte escritores —recordemos la Santillana de Lafuente Ferrari—, los enamorados de la belleza y la armonía, del orden inteligente de los hombres libres. Y como dice Gaya, para evitar la injuria de las piedras nobles. “Porque toda nuestra querida y triste España es una gran región devastada, y no por guerras ni catástrofes materiales, sino por la deseducación del español medio.” ¿Se entiende ahora todo el amor que hay en la valiente prosa del gran Gaya Nuño, el viril clamor sin desmayo de este enamorado de lo más luminoso y permanente de la patria?—RAMÓN DE GARCÍASOL.

RUBEN DARÍO A LOS VEINTE AÑOS (I)

Con este mismo título ha publicado el crítico chileno Raúl Silva Castro, un libro de gran interés sobre los años de Darío en Chile (1886-1888). ¿Un libro entero para relatar la vida de un escritor? ¿Y por qué no? No ya dos años, sino unos meses en la vida intensa de

(1) Edit. Gredos, Madrid.

un poeta pueden ser materia bastante para escribir un libro, que puede ser bueno o malo, eso depende del autor. James Joyce necesitó 500 páginas para evocar en *Ulyses*, veinticuatro horas de la vida de su héroe. Y un crítico inglés, Robert Gittings, publicó recientemente un libro con el título de *John Keats: Tre living year*, en el que, casi día a día, nos describe un año de la existencia de Keats, desde septiembre de 1818 a septiembre de 1819. ¿Por qué no iba a tener derecho Rubén Darío a ese honor? En 1818 tenía Keats veintidós años, y era el autor de un solo y breve libro de versos, aparecido un año antes. Cuando Rubén llega a Chile, en 1886, era también un poeta casi desconocido. Un mozo de diecinueve años, más bien triste que alegre, ávido de gloria y de vida, y un tanto reservado, pero ya consciente de su talento. En Chile iba a vivir dos años y medio, y allí publicaría sus dos primeros libros, *Abrojos* (1887) y *Azul* (1888), que era ya la revelación de un poeta auténtico.

Hay vidas que se van reconstituyendo así, a retazos. El libro de Silva Castro viene a completar el *Rubén Darío, criollo*, de Diego Manuel Sequeira (Buenos Aires, 1945), sobre los años adolescentes de Rubén, antes de su viaje a Chile. Y a su vez, uno y otro volumen habrán de ser algún día completados con un *Rubén Darío en España*, que es inexplicable que no se haya escrito aún, y con un *Rubén Darío en Francia*, pues esas dos estancias —sucesivas estancias— del gran poeta, son fundamentales en la aventura de su vida. Para uno y otro libro hay ya abundantes materiales publicados, y yo mismo he escrito sobre las relaciones literarias entre Rubén y Unamuno y entre Rubén y Juan Ramón Jiménez.

El libro de Silva Castro aporta numerosos datos y documentos inéditos sobre los años chilenos de Darío, que reviven ante el lector con relieve y calor humanos, y con precisos detalles. Vemos a Darío periodista en Santiago, colaborando en *La Época*, y anudando una firme amistad, que fue preciosa para él, con el malogrado Pedro Balmaceda Toro, hijo del presidente de la República y fino escritor, a quien Rubén consagró un librito a su muerte. Con otros amigos de Santiago y Valparaíso —Carlos Toribio Robinet, Nicanor Plaza, Pedro Nolasco Prendes, Narciso Tondreau—, vivió días de bohemia y de ensueño. Noches de trabajo en la redacción de *La Época*, de hechizo ante el arte de Sarah Bernhardt en un teatro de Santiago. Y también tardes gratas, a la hora del te, con la familia Balmaceda en el palacio del presidente. En su *Autobiografía* recordó Rubén, en pocas líneas, lo que fue su vida en Santiago: “Vivir de arenques y cerveza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas.” Tan necesario se hallaba de protección que

en marzo de 1887, aunque ya era poeta conocido y autor de *Abrojos*, se vió obligado a aceptar un puesto de "guarda inspector" de la Aduana de Valparaíso, que le ofreció el Ministro de Hacienda chileno, don Agustín Edwards, propietario del diario *La Época* a la sazón. Cierta que Darío soportó poco tiempo el vergonzante oficio. A fines de junio pidió licencia por enfermo, y ya no se ocupó más, pese a las urgentes llamadas del director de la Aduana, de volver a su efímero cargo. Pero el poeta tenía sus motivos: era feliz con su ocio bohemio de Valparaíso, se hallaba en plena inspiración, escribiendo los poemas y los cuentos de *Azul*, tenía muchos amigos y algún amor que otro, y todo eso era, claro es, incompatible con la burocracia aduanera.

El curioso libro de Silva Castro termina con la salida de Darío de Chile, el 9 de febrero de 1889, en que embarcó en Valparaíso para Nicaragua, su patria. Había permanecido en Chile casi tres años, y en ellos había madurado su talento, y había sido, como casi siempre se es en la vida, feliz y desgraciado. Nos lo recuerda el mismo Rubén en una carta dirigida a uno de sus amigos chilenos, escrita en 1912 desde París —dirigía entonces el poeta la revista *Mundial*—: "En Chile publiqué mi libro *Azul*, es decir, el libro de ilusiones y ensueños que había de conmover a la juventud intelectual de dos continentes. Nunca podré olvidar que allí pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las arduas, pues en Chile aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia..."—J. L. CANO.

CUATRO NOVELAS DEL PREMIO LOSADA (1)

El jurado del concurso internacional de novelas Editorial Losada 1958 concedió el primer premio a *La iluminada*, del novelista español Cécilio Benítez de Castro, y recomendó otras ocho obras. Entre estas últimas se cuentan *Al pie de la ciudad*, de Manuel Mejía Vallejo, colombiano; *La otra mejilla*, de Mundin Schaffter, y *Los dueños de la tierra*, de David Viñas, ambos argentinos. De estos cuatro títulos voy a hablar en la presente crónica.

El respeto que me merece la Editorial Losada, de Buenos Aires, me obliga una vez más a ser veraz, aunque esta vez mi juicio sea, en general, desfavorable. De las cuatro novelas creo que sólo *Los dueños de la tierra* posee entidad suficiente para la distinción que ha recibido.

(1) *La iluminada*, de Cécilio Benítez de Castro, Ed. Losada, Buenos Aires, 1958, 335 páginas.

Al pie de la ciudad, de Manuel Mejía Vallejo, ídem, íd., 170 páginas.

La otra mejilla, de Mundin Schaffter, ídem, íd., 232 páginas.

Los dueños de la tierra, de David Viñas, ídem, íd., 283 páginas.